

JOHN DEWEY

ANTOLOGÍA SOCIOPEDAGÓGICA

Introducción crítica a cargo de
Antonio Molero Pintado
M.^a del Mar del Pozo Andrés



CE
DE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA	11
Trayectoria personal y profesional de John Dewey	12
Entorno histórico-científico	23
Aproximación a su pensamiento pedagógico	27
La práctica escolar en Dewey: la escuela elemental de la Universidad de Chicago	36
Perfiles críticos de Dewey	50
Bibliografía básica	54
PRIMERA PARTE	
EL NIÑO Y EL CURRÍCULUM	57
SEGUNDA PARTE	
ESCUELA Y SOCIEDAD	79
Nota del autor	79
La escuela y el progreso social	80
La escuela y la vida del niño	96
El despilfarro en la educación	113
Tres años de la escuela elemental primaria	133
TERCERA PARTE	
MI CREDO PEDAGÓGICO	145



NOTA PRELIMINAR

Las obras que presentamos a continuación permitirán al futuro lector obtener una visión directa del pensamiento de Dewey sobre aspectos pedagógicos fundamentales. Pero conviene tener presente –según se indica en la presentación de cada una de ellas– la fecha de edición, que en términos aproximados, fue la de los años cercanos al fin de siglo. Dada la longevidad de Dewey y la densidad de sus actividades públicas y privadas, no debe extrañarnos que ampliara su temática en las décadas siguientes en las que desarrolló problemas nuevos que iban derivándose de la propia evolución social. Dicho esto, queremos subrayar que las obras seleccionadas tienen un marcado sentido de unidad –genéricamente surgida alrededor de su experiencia práctica en la escuela– laboratorio de Chicago– y se identifican con uno de los momentos estelares de su producción típicamente pedagógica.

Sobre el *niño y el curriculum* hemos seguido la edición de Domingo Barnés de 1934, aunque ya existía otra traducción de Lorenzo Luzuriaga publicada por la Revista de Pedagogía en 1925. Se da la curiosa circunstancia de que ambas traducciones son formalmente idénticas, lo que nos hace suponer, aunque no se indica en el texto, que Barnés utilizara la traducción de Luzuriaga para su trabajo.

Para *La Escuela y la sociedad* utilizamos la traducción de Domingo Barnés, publicada en 1925. Para esta traducción,



ficó en muchos aspectos, la prueba de fuego sobre la que edificó su propuesta pedagógica formal.

Las tres obras que se presentan a continuación responden mayoritariamente a estas inquietudes. Pero conviene añadir un hecho más de indudable importancia y que otorga al trabajo realizado, otros rasgos novedosos. La traducción de las obras que se incluyen en la presente edición han sido revisadas. Quiere ello decir que se incluyen modificaciones respecto a las primeras ediciones que se divulgaron en España en diversos momentos de este siglo, modificaciones que afectan tanto a aspectos léxicos como conceptuales. Creemos, así, habernos acercado con más precisión y fidelidad al espíritu y la letra de un pensador que tanta influencia tuvo en el desarrollo de la cultura mundial.

TRAYECTORIA PERSONAL Y PROFESIONAL DE JOHN DEWEY

Dewey nació el 20 de octubre de 1859, en Burlington (Vermont). Su padre, Archibald, era un comerciante de comestibles, con pocos estudios y escasas ambiciones para sus hijos; pero su madre, Lucina, veinte años más joven que su marido, descendía de una familia protestante evangélica que formaba parte de la élite social y política de Vermont, y tenía un gran carácter y una capacidad de decisión impropias para una mujer de su época. Ambos se pusieron de manifiesto cuando en 1861 el padre se enroló como voluntario para luchar al lado de Lincoln en la guerra civil americana. La madre y los cuatro hijos le siguieron y se instalaron en 1864 en Northern Virginia para estar más cerca de él. En 1867, la familia al completo retornó a Burlington.

En 1875 John Dewey comenzó sus estudios en la Universidad de Vermont. Allí siguió cursos de Biología, Fisiología y Geología (manifestó mucho interés por seguir las controversias sobre la teoría evolucionista que publicaban los periódicos

británicos); Filosofía moral (que incluía Economía Política, Leyes, Historia, Psicología, Ética, Lógica y Filosofía de las Religiones); y Sociología. En 1879 se graduó con excelentes resultados.

Entre 1879 y 1881, Dewey ejerció como profesor de Escuela Secundaria, primero en Oil City (Pennsylvania) y luego en una pequeña ciudad al sur de Burlington. Esta fue su única experiencia directa como docente en un nivel no universitario. En 1881 combinó este trabajo con la enseñanza de la Filosofía moderna en Torrey (Universidad de Vermont). Como tuvo problemas de disciplina con los alumnos de la Escuela Secundaria, pidió una beca post-grado en Filosofía en la Universidad John Hopkins (Baltimore), que le fue concedida en 1882, aunque sin apoyo económico.

En la John Hopkins, Dewey asistió a las clases del neo-hegeliano Morris, que influyó mucho en su pensamiento filosófico temprano y se convirtió en su mentor académico. Con él hizo su tesis doctoral, presentada en 1884, sobre «La psicología de Kant». En ese mismo año, Morris se marcha a la Universidad de Michigan, y Dewey le sigue. Allí conoció a Alice Chipman, estudiante de Michigan, y se casó con ella en 1886. En 1887 publicó su primer libro de texto de Psicología.

En 1888 acepta el puesto de catedrático de Filosofía en la Universidad de Minnesota. Al año siguiente muere su profesor Morris, y Dewey retorna a la Universidad de Michigan para ocupar su puesto y dirigir el Departamento de Filosofía. Entre sus ayudantes se encuentran George H. Mead y A.F. Lloyd. Dewey da clases de Ética y Filosofía política.

Durante estos años, y por influencia de su esposa Alice, Dewey cambia bastante sus ideales e intereses. Primero evolucionó en sus creencias religiosas, pasando desde la más pura ortodoxia protestante hasta un difuso pensamiento cristiano-social que rechazaba cualquier intervención institucional. En segundo lugar, comenzó a participar en los movimientos



reformistas político-sociales, entre ellos en el naciente feminismo, con el que progresivamente se fue identificando cada vez más, hasta el punto de que en 1919 fue el único hombre que encabezó una manifestación pidiendo el voto femenino. En tercer término, empezó a interesarse por la educación pública, siendo un miembro fundador del Michigan Schoolmasters' Club, que nació con el propósito de fomentar la colaboración entre los profesores de todos los niveles educativos. En 1892 proyecta la creación de un periódico que se denominaría *Thought News*, básicamente dirigido a la élite pensante del país y que serviría de plataforma para los nuevos hallazgos intelectuales. El periódico nunca llegó a publicarse, pero su socio en la empresa, Franklin Ford, influyó en el cambio de Dewey hacia la democracia radical.

En 1894, Dewey acepta el puesto de Director del Departamento de Filosofía de la recientemente fundada Universidad de Chicago. En 1895 viaja con toda su familia por primera vez a Europa, y en Milán muere su hijo Morris.

Chicago era una ciudad conocida por sus experiencias educativas revolucionarias. En 1883 el coronel Francis Parker fundó en ella la Cook County Normal School. Dewey se entusiasmó con esta experiencia, hasta el punto de matricular a sus hijos en esta escuela y denominar a Parker «el padre de la educación progresiva». Al llegar a Chicago, convence a las autoridades universitarias de que la Pedagogía debería estar en un Departamento específico y consigue formarlo, siendo elegido también Director del mismo. En 1895 presenta su «Plan of Organization of the University Primary School» y en 1896 se inaugura la Escuela-Laboratorio aneja a la Universidad.

Alrededor de 1895, Dewey forma parte también de los comités ejecutivos de las recientemente constituidas Herbart Society for the Scientific Study of Teaching e Illinois Society for Child-Study. Ambas eran las abanderadas del movimiento educativo centrado en el niño, pero la participación de Dewey

en ellas no significa que se identificase con esa corriente a la que, por el contrario y como veremos posteriormente, criticó toda su vida. También durante los años de Chicago fue elegido Presidente de la American Psychological Association (1899) y de la American Philosophical Association (1904).

En esta etapa de Chicago, Dewey, al mismo tiempo que dirigía la Escuela-Laboratorio de la Universidad, publicó algunas de sus obras pedagógicas más famosas, como «My pedagogic creed» (1897), *The School and the Society* (1899) o *The child and the curriculum* (1902). En 1903 escribió sus *Studies in Logical Theory*, en colaboración con los miembros de su Departamento, dándose a conocer desde aquel momento como un grupo de investigación y pensamiento filosóficos, al que se llamó «Escuela de Chicago», denominación utilizada ya por William James en 1904. Tanto él como su equipo manifestaron, a través de esa obra, su distanciamiento del idealismo absoluto de influencia hegeliana, y se acercaron al pragmatismo naturalista defendido por James.

En 1904 finaliza la experiencia de la Escuela-Laboratorio por luchas internas burocráticas. Como consecuencia de ellas, dimite de todos sus cargos académicos y deja su cátedra en la Universidad de Chicago. En 1905 acepta un puesto del mismo rango en la Universidad de Columbia de Nueva York.

En el verano de 1904, la familia Dewey vuelve por segunda vez a Europa, y allí muere otro hijo. Poco después, adoptaron un niño italiano de la misma edad que el fallecido. Según la hija de Dewey, Jane, su madre nunca se recuperó totalmente de este segundo golpe, su salud se resintió, abandonó sus intereses reformadores y su carácter se tiñó de un latente resentimiento, que afectó negativamente a la vida familiar. Alice Dewey murió en 1927.

En 1914, nuestro filósofo empieza a expresar sus opiniones acerca de la política nacional americana, utilizando para ello el semanario *The New Republic*, en el que escribiría a lo largo

de dos décadas. En 1912 se disgustó por la elección del demócrata Woodrow Wilson como Presidente de los Estados Unidos, pero las reformas sociales y económicas que emprendió cambiaron su opinión sobre él, y acabó apoyándole en la campaña de 1916. En 1917, Dewey ve favorablemente la intervención americana en la I Guerra Mundial, pues espera que con ello se ayude a la reorganización del mundo dentro de un orden democrático, caracterizado por el fin de la dominación del capitalismo y de las clases elevadas, del estamento social conocido con el nombre de «sociedad respetable». En los primeros años de la posguerra, su pensamiento acerca de la contienda y de la política internacional sufriría una sustancial revisión, pues se implicó en un movimiento que perseguía el introducir dentro de las leyes internacionales una cláusula declarando cualquier tipo de guerra como un crimen, como una forma ilegal de resolver disputas entre naciones. También se manifestó frontalmente opuesto a los renovados esfuerzos para promover la participación americana en la Liga de Naciones. En 1920, ayudó a establecer la Unión Americana de Libertades Civiles.

En el período de guerra, Dewey publica su obra pedagógica más conocida y la que expresa mejor su pensamiento, *Democracy and education* (1916). Un año antes había escrito, en colaboración con su hija Evelyn, *Schools of Tomorrow*, libro en el que se analiza el Gary Plan, uno de los métodos más estudiados y extendidos del movimiento de la educación progresiva. Por el contrario, sus conexiones con el Teachers Training College de la Universidad de Columbia no fueron particularmente cercanas en sus primeros diez años de docencia en esa institución, aunque sí manifestó algún interés en los centros primarios asociados con el College, especialmente el kindergarten dirigido por Patty Smith Hill.

En el Columbia Teachers Training College era profesor William H. Kilpatrick, que se consideraba discípulo de Dewey, y cuyo «método de proyectos» fue quizás la reforma curricular mejor conocida del movimiento educativo progresivo ameri-

cano. En relación con este tema, la revista *Teachers College Record* distribuyó más de 60.000 copias de su artículo, escrito en 1918, en el que describe por primera vez el método de proyectos. Aunque Dewey y Kilpatrick eran amigos, y siempre se considera que tal método guarda bastante similitud con la pedagogía «ocupacional» puesta en práctica en la Escuela-Laboratorio, lo cierto es que éste, aún sin nombrarlo, hizo a Kilpatrick objeto de sus críticas en numerosos artículos, por considerarlo representante máximo de esa corriente educativa romántica iniciada hacia 1890 y que se puede definir como *pedagogía centrada en el niño*, a la cual Dewey se opuso siempre con bastante energía. Dewey no está en contra del concepto de proyecto, pero teme que la búsqueda continua de los intereses infantiles los convierta en «demasiado triviales para ser educativos», por lo que insiste en que todos los proyectos deben tener como último fin el conseguir que los niños dominen los principios básicos y organizados de cada materia.

En 1919 se fundó la Progressive Education Association, en cuya creación no participó Dewey, aunque en 1928 se le nombró Presidente honorario. Antes de 1919, el término «educación progresiva» no estaba muy extendido ni se utilizaba mayoritariamente como forma de autoidentificación de las escuelas innovadoras o centradas en el niño. Dewey se mantuvo siempre muy distante y crítico hacia este movimiento.

Al final de 1918, Dewey deja temporalmente la Universidad de Columbia para enseñar en la de Berkeley (California). En enero de 1919 viaja a Japón para lo que se convertiría en una estancia sabática de más de dos años. En mayo se trasladó a China, y allí permaneció un bienio, dando clases en la Universidad de Pekín y pronunciando conferencias por todo el país. Volvió a Estados Unidos en julio de 1921, aunque siguió los asuntos chinos muy de cerca.

En los años veinte, Dewey continuó muy implicado en cuestiones políticas, y continuó abogando por el establecimiento de una acción social que crearía las condiciones necesarias

para, a través de la democracia, empezar a desarrollar los puntos de vista socialistas en los que sus planteamientos democráticos se apoyaban. De todas formas, Dewey siempre fue muy reticente a identificarse a sí mismo como socialista, aunque, tanto las consecuencias de la guerra, como la alianza posterior de las élites gobernantes y económicas para practicar un «benevolente paternalismo», hacían cada vez más inalcanzable su ideal de «reconstrucción social» expresado en 1918. Dewey se unió a la Liga de la Democracia Industrial, constituida en 1921 a partir de la Sociedad Socialista Intercolegiada, una organización de intelectuales socialistas americanos. Al final de la década de los veinte, Dewey apoyó a todos los candidatos municipales socialistas de Nueva York, y en 1930 trabajó para establecer un tercer partido, independiente de los tradicionales republicano y demócrata, que se llamaría –trasladándolo a términos actuales– «social-demócrata», para evitar incluir en el nombre el lastre del término «socialismo». Este tercer partido tuvo su plataforma de lanzamiento en la Liga para la Acción Política Independiente, de la que Dewey era Presidente Nacional en 1929, pero no encontró el apoyo de los líderes liberales del Congreso, y mucho menos el de los políticos socialistas.

A pesar de sus reticencias, Dewey hubiese admitido hacia 1930 que era un socialista democrático, pues estaba convencido por aquel entonces de que la democracia debía acabar con el control privado de los medios de producción, y abordar la socialización de todos los recursos naturales, los monopolios, las industrias básicas, y el suelo edificable. El mayor temor de Dewey era que los socialistas se olvidasen de aquellos valores del liberalismo que eran esenciales a toda política democrática. Mientras tanto, siguió apoyando al candidato socialista Norman Thomas en las elecciones presidenciales americanas de 1932, 1936 y 1940, siendo en este último año el director de un comité de intelectuales que trabajaron en favor de esta candidatura.

Dewey colaboró también, como Presidente, en el People's Lobby, entre 1929 y 1936. En 1933 se convirtió en Presidente

Honorario de la Federación Política Nacional de Agricultores y Trabajadores y en 1935 lo fue de la Federación Política Americana de la Commonwealth, que reemplazó a la anterior. A partir de 1940, y con motivo de las sucesivas reelecciones de Roosevelt como Presidente de los Estados Unidos, Dewey comienza a apartarse del activismo político, aunque continuó trabajando, a nivel nacional y en el estado de Nueva York, para crear un tercer partido radical.

En 1930 Dewey se jubiló en la Universidad de Columbia. A lo largo de los años veinte viajó innumerables veces por el extranjero: a las estancias anteriormente mencionadas en China y Japón, estuvo en Turquía (1924), Méjico (1926), Unión Soviética (1928),.... A este último país viajó con una delegación de educadores americanos, y se entusiasmó por la experimentación educativa que se estaba realizando. Incluso llegó a pensar que esta nación podría llegar a convertirse en una democracia según el modelo deweyano. Pronto saldría de su error, y en los años treinta se manifestó enemigo del comunismo en multitud de ocasiones. Así, en 1933, el trabajo de la sección local de la American Federation of Teachers se estancó por las tácticas utilizadas por los comunistas afiliados a esa Federación. Dewey dimitió como miembro de la Asociación —a pesar de haber sido uno de sus fundadores— y constituyó la independiente New York Teacher Guild. En 1937 fue Presidente de la Comisión de Investigación sobre los cargos hechos a Trotsky en Moscú —comité formado por americanos liberales y radicales— y viajó a Méjico para oír las alegaciones de Trotsky. Al año siguiente mantuvo una controversia en el *New International* con el propio Trotsky sobre la ética revolucionaria. En 1939 publicó *Freedom and culture*, que constituye su trabajo más extenso sobre la filosofía marxista. Para Dewey, el materialismo dialéctico no es científico, sino un absolutismo filosófico.

También en 1939, Dewey es elegido Presidente del recientemente creado Comité para la Libertad Cultural, desde donde continúa sus ataques a la represión soviética y al Frente



Popular. En el manifiesto fundacional, este grupo expresa su preocupación por el triunfo de las ideas totalitarias sobre el libre pensamiento en «Alemania, Italia, Rusia, Japón y España».

Efectivamente, Dewey fue uno de los primeros en percatarse del peligro del fascismo, pero al mismo tiempo estaba convencido de que la guerra contra Alemania sólo contribuiría a empeorar la situación. En una carta enviada a *Christian Century* en 1937 y titulada «Aid for the Spanish Government», Dewey criticó a los pacifistas por pedir la limitación de la ayuda americana al gobierno republicano durante la Guerra civil española. La situación requería, en su opinión, el mantenimiento de relaciones comerciales normales con el gobierno establecido, y la negación de tal derecho a los «rebeldes». El pueblo español merecía progresar pacíficamente bajo un gobierno elegido popularmente, y si se le negaba tal posibilidad, «la democracia como una fuerza para el progreso social está acabada». Pero una cosa era ayudar a un gobierno democráticamente elegido en la contención de una revuelta armada, y otra muy diferente era que los Estados Unidos iniciasen una guerra contra el fascismo. Para Dewey, la Guerra civil española podía ser un medio de defender y mantener el método democrático, a la vez que un chequeo al fascismo.

Dewey manifestó muy pronto su postura no intervencionista, al apoyar en 1938 el Congreso «Mantened a América fuera de la guerra», organizado por el socialista Norman Thomas. Cuando finalmente los Estados Unidos entraron en la contienda, Dewey expresó su desacuerdo con un silencio muy elocuente.

A mediados de los años treinta, Dewey se unió a otros educadores famosos—por ejemplo, Childs, Kilpatrick y Watson—que compartían su crítica a la pedagogía centrada en el niño y deseaban ligar la reforma educacional con la política radical. Estos «reconstruccionistas sociales», muchos de ellos profesores de los Teachers Training Colleges, crearon la revista *Social Frontier*, que en sus cinco años de existencia publicó un amplio

abanico de críticas al capitalismo americano y animó a los maestros a integrarse en la izquierda democrática. Dewey se encargó de una sección mensual entre 1935 y 1937 —«John Dewey's Page»—. Precisamente en estos años es cuando percibe con más claridad que las escuelas se encuentran inextricablemente atadas a las estructuras del poder dominante y que es extremadamente difícil el transformarlas en agentes de las reformas democráticas.

En 1946, Dewey se casó por segunda vez con Roberta Grant Lowitz, 45 años más joven que él. Enseguida adoptaron dos niños belgas, huérfanos de guerra. El fin de ésta trajo consigo la era de McCarthy y la «caza de brujas», y en 1949 se discutió si los miembros del Partido Comunista podían enseñar en la Universidad. Dewey envió una carta al *New York Times* expresando serias dudas sobre la idoneidad de implantar tal prohibición.

Tras una dilatada y fecunda vida dedicada a la investigación, a la enseñanza y a la batalla directa en la «arena» política, John Dewey murió el 1 de junio de 1952, a la edad de 92 años. Cuando falleció, era considerado uno de los líderes educativos mundiales. Maestros y pedagogos tan alejados de él ideológica y geográficamente, como los iniciadores del Movimiento italiano de Cooperación Educativa, reconocieron el impacto que les supuso la lectura de sus obras.

Al final de los años 50 —en torno al lanzamiento, en 1959, del Sputnik, que fue el primer satélite espacial ruso— se produjo en los Estados Unidos un movimiento revisionista de las ideas de Dewey, al que ya se consideraba patriarca de la educación progresiva y, en consecuencia, responsable de todos sus defectos. Ya hemos visto que Dewey dedicó gran parte de su vida a marcar sus diferencias personales con respecto a este movimiento. Se puso de moda identificar la educación progresiva con prácticas educativas superficiales y relajadas; y se etiquetó a Dewey como su principal promotor. Las críticas de los años cincuenta —centradas principalmente en la escasa importancia



concedida al curriculum escolar y la exagerada atención prestada a los intereses infantiles— se recrudecieron en los sesenta, aunque con diferentes argumentos, llegando a ser tildado de retrógrado, conservador, y enemigo de las libertades del niño. En 1979, sin embargo, se despertó un nuevo entusiasmo por la obra deweyana, después de que el posmodernista Richard Rorty comenzase su *Philosophy and the mirror of nature* con la aseveración de que Dewey, Wittgenstein y Heidegger eran los tres filósofos más importantes de este siglo.

A continuación presentamos una selección de obras y artículos pedagógicos más representativos de este autor, ordenados con arreglo a un criterio cronológico:

- «Plan of Organization of the University Primary School» (1895?).
- «The Need for a Laboratory School» (1896).
- «The University School» (1896).
- «Pedagogy as a University Discipline» (1896).
- «The Psychological Aspect of the School Curriculum» (1897).
- «My pedagogic creed» (1897).
- «Ethical Principles Underlying Education» (1897).
- «The University Elementary School: History and Character» (1897).
- «The University Elementary School, Studies and Methods» (1897).
- «The University Elementary School: General Outline of Scheme of work » (1898).
- *The School and Society* (1899).
- «The University Elementary School» (1900).
- «The Psychology of the Elementary Curriculum» (1900).
- «Are the Schools Doing What the People Want Them to Do?» (1901).
- *The Child and the Curriculum* (1902).

- *The Educational Situation* (1902).
- «The Relation of Theory to Practice in Education» (1904).
- «Education as a University Study» (1907).
- «Religion and our schools» (1908).
- «The bearings of Pragmatism upon Education» (1908-1909).
- *Moral Principles in Education* (1909).
- *Interest and Effort in Education* (1913).
- *Schools of Tomorrow* (1915).
- *Democracy and Education* (1916).
- «Education as politics» (1922).
- «Progressive Education and the Science of Education» (1928).
- «How Much Freedom in New Schools?» (1930).
- «Philosophy and education» (1930).
- «The Duties and Responsibilities of the Teaching Profession» (1930).
- *The Way out of Educational Confusion* (1931).
- «Why Have Progressive Schools?» (1933).
- «Education for a Changing Social Order» (1934).
- «The Activity Movement» (1934).
- «Education and the Social Order» (1934).
- «Education and social change» (1937).
- *Experience and education* (1938).

ENTORNO HISTÓRICO Y CIENTÍFICO

Probablemente, uno de los rasgos más singulares de la personalidad de Dewey desde una perspectiva intelectual sea el de haber conseguido una adecuación entre su condición de filósofo y de educador. O para decirlo de otra manera, de un profesional que siente, especula y reflexiona hasta conseguir la

elaboración de una teoría pedagógica, y que luego es capaz de desarrollar un cuadro práctico en el que aquella teoría encuentra aplicación y desarrollo. Una de las primeras afirmaciones que conviene hacer al acercarse al pensamiento o la obra de este educador norteamericano es precisamente esta: su condición de hombre-síntesis, de hombre que logra proyectar sobre su ámbito de trabajo todo un cuadro normativo elaborado entre el manejo de las ideas.

Para tener una justa medida de su significación personal y académica, conviene prestar atención a los hechos de toda índole que envolvieron su trayectoria vital. Porque creemos que, en buena medida, Dewey es un producto de las necesidades o urgencias de su tiempo, de los golpes históricos que envolvieron a su país, de las circunstancias cambiantes que protagonizaron los años finales del siglo. Por todo ello, es probable que su significación profesional sólo quedara parcialmente reflejada si omitiéramos estas referencias básicas relacionadas con los factores económicos, los políticos y los doctrinales, todo ello envuelto en la propia evolución de su país que apenas llevaba un siglo de independencia de su antigua colonia.

Los avances tecnológicos, el maquinismo a ultranza, las nuevas ocupaciones del territorio, las transformaciones profundas derivadas del abandono del modelo agrario de vida por otro urbano, la aparición de las grandes industrias, el surgimiento no siempre pacífico de las organizaciones obreras, el sentido mercantil de una sociedad que estaba alumbrando las bases del estado del bienestar, son algunas razones de la nueva mentalidad del pueblo americano que se fragua en las últimas décadas del pasado siglo y las primeras del XX. Todas estas convulsiones poderosas se ven impulsadas por los propios acontecimientos legislativos interiores. En 1865 se establece, gracias a la Decimotercera Enmienda, la abolición de la esclavitud y cuatro años más tarde una nueva Enmienda garantiza los derechos civiles. Ciertamente, son cambios que apenas alcanzan un nivel de resolución efectivo, que necesitarán

muchos años para que su calado social augure unos niveles mínimos de cumplimiento. En 1880 la población de Estados Unidos alcanza la cifra mítica de los cincuenta millones de habitantes, en una gran mayoría de hombres inmigrados que llegan a las nuevas tierras aportando todo su bagaje cultural y familiar.

Los años precursores del fin de siglo significan para los Estados Unidos los primeros pasos en su escalada de ascenso hacia lugares de privilegio en el liderazgo mundial. Su emancipación real empieza a sentirse ahora, con un pueblo pletórico de esperanzas, abundante en recursos económicos y unos líderes lanzados tras la consolidación de metas cada vez más ambiciosas. La primera guerra mundial supone un aldabonazo serio a sus preocupaciones y un recorte a su optimismo colectivo forzado por la depresión económica subsiguiente, optimismo que será relanzado años más tarde, 1932, cuando Franklin Roosevelt asuma la presidencia y divulgue su programa del *New Deal*. Después vendrá la segunda gran guerra, y la confrontación ideológica y los problemas inherentes a su condición de primera potencia mundial. Éste será casi en su integridad, el escenario social y político en el que Dewey vivió. Para un hombre observador y reflexivo como él, tantos acontecimientos no podían dejarle neutral, como así ocurrió.

A su vez el panorama científico estaba experimentando una transformación importante. Para empezar, el mismo año de su nacimiento, 1859, Charles Darwin publica su célebre obra, *El origen de las especies*, regando los reductos intelectuales de todo el mundo con sus teorías evolucionistas. Muy poco después será Herbert Spencer quien, centrado ya en una posición positivista, traslade estas preocupaciones al ámbito social.

El campo de la psicología norteamericana también estaba viviendo profundos cambios. Los trabajos de laboratorio de hombres como William James, Stanley Hall, Cattell o Thorndike, sitúan a esta ciencia ante nuevas perspectivas en temas tan centrales como la mente o la disciplina formal. Hay

todo un movimiento emancipador del pensamiento psicologista surgido a esta orilla del Atlántico respecto a sus colegas europeos. Similares consideraciones podrían hacerse sobre hombres provenientes de ámbitos distintos. Charles S. Peirce y George H. Mead serían algunos de ellos.

Por su parte, el pensamiento genuinamente pedagógico vivía su propia experiencia transformadora. Bien conocidos eran las obras de Rousseau, Pestalozzi y Froebel y muchos sus seguidores; pero verdaderamente el educador más popularizado era Herbart. A finales de siglo, la influencia herbartiana se había extendido por la mayoría de las escuelas norteamericanas y sus teorías eran de conocimiento público para muchos maestros. Es obvio que todos estos antecedentes influyeron en Dewey y en la configuración de sus decisiones pedagógicas; pero hay algunos momentos especiales que incidieron con más fuerza, al menos desde una perspectiva conceptual.

Una de estas influencias se deriva de un grupo de seguidores herbartianos que se sirvieron de la teoría de la recapitulación (*culture epoch theory*), que en síntesis venía a defender el criterio de que la ontogénesis es una forma abreviada de la filogénesis. Con arreglo a ella, el individuo humano se desarrolla a través de estadios que tienen marcadas similitudes con los pasos seguidos por la evolución del hombre a lo largo de toda su historia. El niño desde que crece hasta que alcanza la plena maduración reconstruye esta historia viviendo, de forma recapitulada, procesos similares. Naturalmente, esta teoría debería tener y tuvo una proyección específica en la elaboración de los currícula escolares.

En esta apretada síntesis de antecedentes científicos que influyeron en Dewey podemos mencionar dos movimientos, uno centrado en el estudio del niño y otro surgido para defender la presencia del trabajo manual en las escuelas, que sirvieron también como bandera de enganche para muchos maestros reformadores. El primero de ellos, siguiendo a Pestalozzi y Froebel, consideraba al niño como el eje del

proceso educativo mientras que el segundo concebía el trabajo manual no como una actividad profesional ni tampoco como un recurso secundario al alcance del maestro, sino como un medio básico para el desarrollo del intelecto.

Todo este vasto conjunto de acontecimientos iba proporcionando a Dewey referencias suficientes para elaborar su propio *credo pedagógico*, expresión feliz que más tarde terminaría llevando al título de uno de sus artículos más famosos. Las ideas sobre la *nueva educación* surgida en Europa eran bien conocidas. Experiencias como la de Cecil Reddie en su escuela de Abbotsholme (Inglaterra) o las de Demolins con su École des Roches (Francia), cruzaron el Atlántico encontrando acomodación en los nuevos territorios. En 1907, Marietta Johnson creó en Alabama una escuela de *educación orgánica* y por la misma época, Junius L. Meriam, bajo los auspicios de la Universidad de Missouri, creó otra de similares características. En ambas, se practicaban elementos organizativos renovados, como horarios flexibles, libre elección de curriculum, desarrollo natural, etc. Sin embargo, el ritmo de implantación de tales reformas era lento. Después de la primera guerra mundial, todavía el setenta por ciento de los edificios escolares públicos tenían una sola aula.

La tarea divulgadora de Dewey no encontró descanso durante este tiempo, como hemos reflejado en páginas anteriores. Pero no está mal recordar que en 1916 escribe una obra considerada de madurez, *Democracia y educación*, precisamente cuando contaba 57 años. En ese momento, aún quedaban muchos capítulos de su vida por escribir.

APROXIMACIÓN A SU PENSAMIENTO PEDAGÓGICO

Se ha dicho y no sin razón, que Dewey incorpora a su sistematización pedagógica el cuadro funcional de la filosofía pragmatista de la que él fue uno de los fundadores. Y aunque el universo del pragmatismo no es uniforme, es verdad que



alguna de sus propuestas básicas salpica el cuadro normativo elaborado por este autor americano. Afirmaciones como que el verdadero valor de una idea está en relación directa con su utilidad práctica, o que no hay verdades absolutas sino verdades relativas que se dan en un mundo cambiante, reflejan un trasfondo ideológicamente singular que caló en buena parte de la sociedad de aquel país, comprometido en el proceso de cambio más importante de su corta historia. Pero vayamos a los hechos.

Urgido por la necesidad de una comprobación empírica de los fenómenos que envuelven al hombre, su línea de preocupaciones irá dirigida más al estudio de la propia realidad cotidiana que al análisis de las causas que provocan o suscitan los problemas. Y esto será aplicable no sólo al mundo físico, el de los objetos sensibles, sino al de las relaciones sociales, al del hombre en todas sus dimensiones. Pero no es nuestro propósito, como ya quedó anunciado líneas arriba, proseguir detalladamente en el conjunto de las aportaciones pragmatistas –circunstancia que debe venir resuelta por otros derroteros ajenos al nuestro– sino preocuparnos de la incidencia que tuvo en el ambiente educativo general. Y no hay mucha dificultad en aceptar el papel que juega la experiencia en todo el bosquejo argumental que nos propone. Pero una experiencia *sui generis*, adornada con una serie de rasgos que harán de ella un procedimiento único para lograr un proceso educativo real. En primer lugar, la experiencia se nos presenta como una totalidad donde la teoría y la práctica tienen un equilibrado tratamiento. Nada de identificar los pasos experimentales con actos triviales que sólo buscan el empleo del tiempo disponible; nada de ilógicos estudios sobre las categorías o condiciones de los fenómenos, sino un hermanamiento profundo de ambas caras de una misma realidad que deberán fundirse si quieren ser recíprocamente efectivas. Para lograr este objetivo se dispondrá de una herramienta de primera mano, el propio niño, un ser que rebosa actividad, una actividad espontánea y permanente que sólo necesita un cierto cauce para emplearse y entregarse. A través de ella, el niño conocerá cosas, muchas

más de las previstas en los programas oficiales, pero sobre todo se realizará, o mejor, se autorrealizará pues es él mismo, con el empleo consciente de sus propios recursos, el que va a lograr el acabamiento de los objetivos.

Dewey desarrolló su concepto de educación a lo largo de muchos de sus escritos, pero es quizás en *Democracia y educación*, donde propuso una definición técnica: «Educación es aquella reconstrucción o reorganización de la experiencia que da sentido a la experiencia, y que aumenta la capacidad para dirigir el curso de la experiencia subsiguiente». Él mismo precisó algunos aspectos complementarios de gran interés. La acción por la acción misma no produce resultados, al menos los resultados deseables. La acción que es automática desemboca en la rutina, aunque pueda desarrollar alguna habilidad. Pero es una habilidad ciega, donde no se aprecia la relación entre el proceso y los resultados, y como las cosas cambian y los modos de actuación deben adaptarse a ese cambio, todo este esfuerzo puede llegar a ser perfectamente inútil. «La alabada destreza —escribirá Dewey— se convierte en una gran ineptitud». Todas las experiencias pueden ser válidas a lo largo de toda la vida pues cada momento vital tiene sus representaciones específicas, incluso aquellas vividas por los niños pequeños. «La acentuación del valor de las primeras experiencias de los seres inmaduros —aclarará en este sentido— es lo más importante, especialmente a causa de la tendencia a considerarlos como de poco valor». En síntesis, la educación es una reconstrucción continua de la experiencia, «idea que es distinta de la educación como preparación para un remoto futuro, como desenvolvimiento, como formación externa y como recapitulación del pasado». Pero una reconstrucción, añadimos nosotros, que mejora la anterior, no sólo en el sentido técnico del hecho sino también en su contemplación ética. Por ello, la idea de experimentar, que equivale a vivir, comprobar, verificar y también valorar, suscita una serie de reflexiones que rebasan el puro activismo para insertarse en las preocupaciones de fondo de todo el acontecer educativo.



Del frondoso árbol conceptual de Dewey nacen muchas ramas que dan estructura y fundamentación a todo su pensamiento. Sin embargo, la simplificación a ultranza de alguna de sus facetas puede contribuir a desnaturalizar todo el conjunto, por lo que no está demás andar con prudencia en la interpretación de sus propuestas. Se reconoce habitualmente que Dewey plantea muchas de sus cuestiones desde una perspectiva biológica. El hombre es un ser en evolución situado en un mundo que cambia continuamente pero que necesita comprenderlo y controlarlo, y en este proceso de captación de la realidad, la experiencia juega un papel primordial. Es verdad que existen otras posibilidades de conocimiento abstracto y también otras posibles consideraciones de carácter trascendental, pero el modo inmediato y directo de actuar es precisamente ese, la experiencia personal y colectiva. La validez final vendrá dada por la naturaleza de los resultados o las consecuencias de las propias acciones y no por la comparación con otras verdades apriorísticamente establecidas.

Pero las circunstancias que rodean la acción humana son muy diversas. Dewey dedica amplios estudios a glosar algunas de ellas enriqueciendo, dicho sea de paso, el discurso pedagógico convencional con aportaciones innovadoras. La democracia, la libertad del niño, la comunidad, la familia, por no citar otras más específicas relacionadas con la escuela y su entorno. La atmósfera final que crean sus escritos estimula la iniciativa y la reflexión sobre los problemas que se debaten. No es un autor neutro desde la perspectiva del lector, sino un hombre que provoca la polémica y sobre todo, que anima a revisar las cosas de siempre con una óptica renovada.

El tema de la democracia en general, y de la democracia en la educación en particular, es un clásico en la obra y el pensamiento de Dewey. Pero en la interpretación que hace de ella, rebasa con creces los planteamientos habituales de la sociedad civil. La democracia no es sinónimo de sufragio universal, ni de una determinada forma de gobierno, ni de una manera de actuación política de la ciudadanía, «es



primariamente un modo de vivir asociado, de experiencia comunicada juntamente». Equivale a una interacción más ágil de los grupos sociales que permita la desaparición de las barreras de clase, de raza o territorio nacional. Pero, ¿cómo lograr estos objetivos?. Es obvio que la autoridad externa con sus medios de siempre no puede alcanzar por sí misma estas condiciones, incluso se diría que hay una suerte de repudio de las sociedades democráticas hacia estas formas de actuación monopolizadas por el poder. Son los individuos, con sus voluntades decididas y libremente organizadas, los que deben conseguir con su esfuerzo mancomunado este estado de cosas. ¿Y cómo conseguir individuos que sientan y actúen de esta manera? A través de la educación. He aquí cómo luego de un largo circunloquio, los intereses personales y sociales encuentran puntos de coincidencia, y la educación dejará de ser exclusivamente un «hacer escolar» para insertarse de lleno en medio de las preocupaciones básicas de toda la comunidad.

La educación no actúa en el vacío, sino sobre unas realidades concretas que preexisten al individuo, y sobre unos supuestos racionales acerca de cómo podrá ser el devenir inmediato de toda comunidad. Por eso, aclara Dewey, «la concepción de la educación como un proceso y función social no tiene sentido concreto hasta que definamos la clase de sociedad que tenemos en la mente». Todas las claves de su pensamiento pedagógico podrían relacionarse con esta idea, es decir, con el modelo social que aspiramos a formalizar a través de las generaciones presentes y futuras. De ahí su insistencia por analizar las condiciones de la vida americana, las nuevas relaciones económicas, los avances de la tecnología, la liquidación de las formas de vida rurales y las necesidades del urbanismo industrial. Todo este complejo mundo de circunstancias puede desorientar al individuo, hacerle perder el rumbo de su propio destino. Aquí la educación volverá a recobrar su primordial carácter otorgando a los sujetos en desarrollo pautas para la acción, porque «la peculiaridad de la vida verdaderamente humana es que el hombre tiene que crearse a sí mismo por su propio esfuerzo voluntario; ha de ser



un ser verdaderamente moral, racional y libre». A su vez, el hombre, que aún partiendo de bases naturales aspira a llegar a un estado de razón en el más puro sentido kantiano, necesita de la sociedad y de las instituciones pues ya desde Platón quedó dicho que la educación procede en último término de aquéllas, de las costumbres y las leyes. Ahora bien, una sociedad determinada, ajustada a las formas de vida mayoritariamente aceptadas por los países más avanzados, una sociedad no sólo asentada en una base sólida de riqueza sino en vivencias y hábitos morales y éticos que permitan a los individuos la suave acomodación a los nuevos tiempos huyendo de todo desorden; es decir, una sociedad democrática. Y una sociedad de esas características sólo es democrática «en la medida en que facilita la participación en sus bienes de todos sus miembros en condiciones iguales y que asegura el reajuste flexible de las instituciones mediante la interacción de las diferentes formas de vida asociada».

Entre los exégetas del pensamiento deweyano suele aceptarse que su concepción de la ciencia educativa es a la vez genética, funcional y social. Probablemente, todos parten del análisis interpretativo llevado a cabo por Claparède en el prólogo de una de las traducciones de varios artículos de Dewey recogidos con el nombre, *La escuela y el niño*. A través del análisis de esta triple realidad, se desgranán las peculiaridades más representativas de su pensamiento, si bien hay acuerdo en resaltar que las valoraciones de carácter social ocupan un lugar muy destacado en sus consideraciones. Dentro de este rasgo es interesante subrayar el énfasis con el que Dewey trata las cuestiones relacionadas con la familia, tema que aborda con gran asiduidad evocando su propia experiencia personal. La familia promueve, en su opinión, una serie de valores sociales y éticos difíciles de superar por otras instituciones. También las formas de vida típicas de las pequeñas comunidades son portadoras de virtudes como la solidaridad, cooperación, trato directo de los ciudadanos, que suelen perderse a medida que el sujeto amplía su existencia en contextos sociales más heterogéneos. Todo este cúmulo de apreciaciones fueron tras-



Durante los últimos años, el interés por las obras escritas por Dewey se ha incrementado notablemente, como lo demuestran las reediciones que de tales obras se están haciendo en la mayor parte de los países, o la gran cantidad de tesis doctorales que han sido leídas en estos últimos años sobre dicho autor. Por ello, no podía faltar en esta colección un volumen dedicado a presentar a los educadores españoles lo más representativo de este genial autor. Sin embargo, el proyecto no estaba exento de dificultades, sobre todo a la hora de seleccionar la obra u obras de Dewey que pudieran tener más actualidad en un momento en que nuestro país está empeñado en una vasta reforma del sistema educativo, dado que muchos de los trabajos de Dewey han sido conferencias y cursos que posteriormente fueron publicados en diversas obras.

En nuestro caso, hemos resuelto esta dificultad seleccionando tres pequeñas obras que, según nuestro criterio, tienen plena actualidad. En primer lugar, porque el currículum, en estos años de zozobras económicas, sociales y políticas, se ha convertido en una especie de dogma de fe del que todo el mundo habla y opina. En segundo lugar, porque la imbricación entre la escuela y la sociedad hoy es más necesaria que nunca, tanto desde el punto de vista económico como axiológico. De ahí, pues, la rabiosa actualidad que poseen las ideas escritas por Dewey en las dos primeras obras que se publican en este volumen.

Pero Dewey no sólo fue un genial pedagogo y un riguroso filósofo. También fue un brillante literato, capaz de sintetizar en unas pocas páginas y con un estilo tremendamente ágil todo su pensamiento social y pedagógico, tal y como puede comprobarse a través de la lectura de su «Credo Pedagógico».



COLECCIÓN
CLÁSICOS CEPE • 9

